

40 AÑOS EN LA HISTORIA DE LA ENAH*

por Daniel Cazés

Fieles a las tradiciones historicistas, descriptivas, clasificatorias, apocalípticas y aparentemente políticas y a las teorías de la estructura del parentesco —es decir, fieles a la etnografía burguesa— los antropólogos intentan hacer la historia de la institución escolar en que se formaron, dividiéndola en generaciones y haciendo un recorrido cronológico.

Los intelectuales orgánicos de la burguesía tienen como cometido organizar el conocimiento para conformar una visión del mundo que aparezca como universal. A los antropólogos mexicanos les ha tocado estructurar para la burguesía mexicana una buena parte de la cultura con objeto de hacer de la ideología burguesa una ideología nacional popular de raigambre histórica. Y a lo largo del desarrollo del estado mexicano moderno, es decir, a partir del cardenismo, han cumplido su papel profesional con bastante eficacia. Pero no sin tropiezos teóricos, ni sin la reacción militante de quienes actuaron como intelectuales de otras fuerzas sociales.

Al hacer la historia de la ENAH parece que bastaría con asentar la raigambre histórica de una docencia que ha formado técnicos. Técnicos de la formación de sujetos ideológicos, recurriendo para ello a la etnografía y a la museografía. Y, sobretodo, a la aplicación de políticas gubernamentales de desarrollo capitalista en el campo y de puesta en circulación de la mano de obra más barata y sumisa.

No es de extrañar que los antropólogos formados en la ENAH durante los años cincuenta, y que empezaron a desarrollar su profesión durante la primera mitad de los sesenta, sean clasificados como la generación de los Magníficos, y a los resultados de su acción como los resultados

de las posiciones críticas, tal como reza el programa.

Al establecer este árbol genealógico nos damos cuenta de que es de esta generación de los Magníficos de la que han salido algunos de los intelectuales orgánicos importantes durante los sexenios de Echeverría y del actual presidente, sexenios durante los cuales curiosamente se regresa a un populismo nacionalista. Es en contacto con los restos de este populismo nacionalista que se formaron los compañeros que estudiaron en la Escuela a finales de los cincuenta, tal y como ya mencionó Guillermo Bonfil.

De todas maneras, ni los Magníficos ni la llamada antropología crítica son (salvo quizás para la burguesía y su gobierno) la generación y los aportes más importantes, desde un punto de vista teórico y político.

Voy a hacer un poquito de historia, procurando que sea lo menos psianalítica posible. Los Siete Magníficos fue el nombre colectivo que el sarcasmo estudiantil dió a los signatarios de un documento que en 1967 circuló en la Escuela. En este documento se hacía una proposición para la reestructuración de la misma. La reestructuración, que se había iniciado ya desde antes de darse a conocer el documento, estaba destinada fundamentalmente a formar técnicos con grado de licenciado en lugar de técnicos con grado de maestro.

En aquellos años, la Antropología y la Escuela estaban en boga. Nos habíamos trasladado al magno monumento de la mitología burguesa de la nacionalidad mexicana sin clases, con mucha arqueología y mucho colorido artesanal y etnográfico. Pero sufriríamos una crisis de sobrepoblación y sobretodo de politización, de manera que se trataba de contener a corto plazo la saturación de mercado de

trabajo, y de limitar al máximo la agitación política. Había también que dar la formación de antropólogo para asegurar la participación de los más idóneos en los programas gubernamentales de ideologización y de manipulación de la población campesina, en plena proletarianización y en una pauperización acentuada.

Hubo un proyecto oficial de reestructuración de la ENAH, personificado en Leonardo Manrique, que ahora resulta ser uno de los alumnos del 68; hubo otro proyecto democrático o democratizador de la Escuela, que recogía posiciones avanzadas y muchos de los elementos de la inquietud estudiantil.

Finalmente hubo un proyecto, del que ya se habló aquí con pelos y señaes, que recogía hábilmente los principios del primero y pretendía transmitirlos, por lo menos parcialmente, en los términos del segundo. Este proyecto fue el de los Siete Magníficos.

El proyecto democrático se expresó sin duda en términos demasiado acelerados para la época, y sobretodo no contaba con una fuerza institucional ni con algún tipo de fuerza organizada que permitiera su realización.

Los acontecimientos del 68 hicieron posible un proyecto espontáneo estudiantil que finalmente resultó más democratista que democrático. Este proyecto se desarrolló en medio de la agitación y de la presión crecientes, imponiéndose espontáneamente en un principio y después —creo yo— manipulado muy eficazmente por la dirección del INAH.

Como resultado, la maestría en antropología se transformó en licenciatura y el currículum abarcó cinco años en vez de cuatro. En este proceso se logró eliminar a los maestros más tradicionalistas y reaccionarios, los de las famosas tarjetitas.

Antes de seguir con esto quiero hacer un paréntesis para señalar que la participación de esta generación en la huelga del 56 marca un momento en una tradición de lucha, de lucha política muy concreta que se ha dado en la ENAH a través del tiempo. En el 56 una parte de los Magníficos (y otros que todavía no estábamos ahí) iniciaron o contribuyeron a dar una gran dimensión a esta tradición de lucha. Lucha que a pesar de que fue abandonada por muchos, siguió viva en la Escuela, estuvo presente en el 68, mucho más que en la coalición de maestros y que en el Consejo Técnico de la Escuela. Es por eso que es muy extraño.

Hay que señalar que, ciertamente, una parte de los Magníficos llevó a cabo una lucha política importante; como profesionistas, Enrique Valencia los califica de "disidentes". Pero la "disidencia" se vende y se compra según el viento que sopla y esta "disidencia" dejó de serlo a partir de determinado momento.

A esa misma generación pertenecemos otros antropólogos que hemos seguido nuestra línea, aunque sea con tropiezos y errores. Y aquí voy a hacer un poco de psicoanálisis colectivo, porque no cabe duda de que cometí un par de errores políticos personales: trabajé en contacto con el grupo de los Magníficos. No fui signatario del documento que le permitió el bautizo, pero sí trabajé mucho con ellos. Mi otro error político fue abandonar la Escuela en el momento en que una parte de los signatarios la abandonaron, por las consecuencias políticas que acabó de mencionar.

Por esto puedo afirmar que hay otros antropólogos que pertenecemos a esta misma generación cronológica (y no por aquello de que se mezclaban las generaciones en aquellas épocas), y que ya

desde entonces nos hemos perfilado políticamente en una dirección opuesta. Posición que no es disidente ni crítica, sino que puede definirse como una militancia política por la democracia y el socialismo.

Desde el punto de vista de estas aportaciones, que el árbol genealógico oficial pretende borrar, esta generación podría recibir otros nombres. Es la generación del primer cuestionamiento político al indigenismo; es la generación, como lo señaló Valencia, del Simposio sobre Responsabilidad Social en Anthropology, que permitió a Aguirre Beltrán y a Villarojas hablar de una nueva corriente o tendencia ideológica en Antropología. Es la generación que pone sobre la mesa de discusión el modo de producción asiático; es la generación que focaliza a las estructuras agrarias y a su papel en la economía capitalista mexicana y al Estado burgués cardenista -no en términos chayanovianos, neo-chayanovianos, o barbanianos, sino en términos marxistas- pienso en la obra de Bartra; es la generación de la revista Historia y Sociedad -y aquí pienso nuevamente en Bartra- y en mí, que participé desde un principio en ella, y en Marcela; es la generación de la antropología militante; es la generación que introduce a Marx y a Gramsci en el estudio antropológico; es la generación no que transforma la Escuela de Antropología en una mala escuela de economía política marxista, sino la que enfoca la antropología con la obra de Marx y de Gramsci. Aquí pienso en Andrés Medina; es la generación de la lingüística aplicada a la transformación de las lenguas minoritarias de origen prehispanico en lenguas con proyección política. Y pienso concretamente en José Rendón y en Antonio García de León; es la generación que desde la ENAH lucha por or-

ganizar la democratización que se da a partir del 68. Aquí pienso en varios compañeros, y de manera particular en Alfredo Tecla. Es la generación que incluye al Estado y a la ideología como objetos fundamentales de análisis de las disciplinas sociales y a la militancia de oposición revolucionaria como práctica política contrapuesta a la burocracia gubernamental. Esta enumeración de posibles apelativos de la generación me permite aclarar que la clasificación genealógica de los antropólogos no es más que una falacia política de la que estamos siendo víctimas aquí.

La historia de la ENAH, que la ENAH debe hacer de sí misma 41 años después de haber sido fundada, debe consistir en el análisis del desarrollo de dos tendencias ideológicas contrapuestas, materializadas en dos prácticas políticas antagonicas. Por supuesto que con muchas particularidades, personificaciones, variantes, desviaciones y todo lo que ustedes quieran. Es la única forma de ubicar a la ENAH políticamente en el contexto histórico en que funciona como parte de los aparatos hegemónicos del Estado y como arena en que se da de manera

concreta una parte de la lucha de clases.

Las corrientes antagonicas se manifiestan y actúan desde la fundación de la ENAH. Se han desarrollado las condiciones objetivas en las que ha crecido la ENAH y toda la investigación antropológica en México; están presentes en la ENAH hoy en día y sería iluso pensar que cuando acabemo estas mesas redondas se acabaron. Aquí se forma el intelectual, se está formando y seguirá formándose, seguirán siendo intelectuales más o menos modernizados, críticos, disidentes, etc... de la burguesía. Con el desarrollo de la lucha de clases subalternas y los combates por la democracia y el socialismo, se integran a eso que se llama el intelectual combativo de las luchas populares y de las clases subalternas en ascenso. El papel de los antropólogos será fundamental para hacer que la ideología orgánica de la burguesía termine de una vez por todas por no ser más que lo debe ser: una ideología tradicional.

* Ponencia presentada en el coloquio "40 años en la historia de la ENAH".



BIBLIOTECA
NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA
PUBLICACIONES PERIODICAS